

Teilhard de Chardin

O

UNA actitud ecuménica en un ciudadano del mundo, que a través de las ciencias de la naturaleza llega a la ciencia del hombre para terminar en el conocimiento siempre más profundo de Dios.

En aquel niño de mirada profunda e inteligente, que corretea en el jardín de la casa de los Teilhard, en Sarcenat, late ya la pasión de eso absoluto que forma el fondo inmutable de todas las cosas. Su desilusión es grande cuando un mechón de hermosos cabellos desaparece consumido por el fuego. Y colecciona una gran llave de hierro, un trozo de metralla; aquello que no puede destruirse.

El punto de partida es por una parte el Mediodía de Francia: Clermont Ferrant hasta los 12 años y luego Aix-en Provence; por otra parte, una afición a la ciencia de la naturaleza que poco a poco halla su concreción en la paleontología, y finalmente una familia de gentiles-hombres, de tradición católica, en cuyo seno florece la vocación a la Compañía de Jesús.

Estas cuatro coordenadas: un país, una ciencia, una familia, una religión, se abrirán hasta abarcar el mundo entero en actitud ambiciosamente humana, para converger de nuevo en un poderoso esfuerzo de síntesis.

El Continente europeo. Planteamiento de un problema.

La peregrinación del "ciudadano del mundo" se inicia en Inglaterra. En Jersey toma el contacto con el mundo de la filosofía. Luego el próximo Oriente, Egipto, durante tres años, le familiarizará con la física y la química. Ya entonces una primera intuición brota en su mente, que más tarde, en 1927, la expresará en una carta:

la pasión de síntesis

"como fuerza de la naturaleza que es, el hombre no puede comprenderse más que ascendiendo desde la física, química, biología y geología".

Y estos conocimientos también aportarán su óbolo a la síntesis total. La coordenada religiosa de su vida, sin duda la más importante, llega a un ápice en Inglaterra (Hastings, condado de Sussex) con el sacerdocio. Su cristianismo está maduro cuando llega a intuir el inmenso papel de un Cristo que "recapitula en Sí cuanto existe en el mundo", como nos enseña San Pablo. Y que está llamado a ser la clave de bóveda del Universo: hacia la que todo tiende y que todo lo sostiene.

En su alma religiosa va madurando poco a poco una amarga pero fecunda inquietud: comienza a asistir a congresos de Panteología, donde toma contacto con hombres de ciencia de todo el mundo. Es en el congreso de Bélgica, en 1910, donde el reproche de los científicos a los cristianos se formula con plena nitidez para Teilhard: "Ustedes no se interesan sinceramente por el mundo ni por la ciencia. Su verdadero mundo está en otra parte. Y en éste solamente condescienden en interesarse en aquello que puede servir para sus fines apologéticos; para confirmar sus creencias religiosas."

Teilhard siente plenamente el conflicto en su interior; él es un apasionado por la ingente tarea a realizar en un mundo que está des-

J. M. Beltrán
de Guevara, S. J.

plegando todas sus potencialidades. Es un científico, pero aún más plenamente es un sacerdote. La primera antinomia tendrá que resolverla dentro de sí mismo. Será el comienzo de la síntesis.

Entre el hombre prehistórico y el actual.

A partir de 1912, Teilhard, como paleontólogo profesional, estudia en el Museo de París a las órdenes de Marcelin Boule. Tras la monotonía de las clasificaciones, los estudios de terrenos y las mediciones, una intuición se va haciendo cada vez más evidente: hay una evolución con una dirección perfecta que lleva la vida a un determinado fin. La vida no puede ser una sucesión de seres independientes. Tal multiplicidad es descorazonadora y es preciso superarla con la unidad: unidad de origen, de camino y de fin. Así el panorama de la vida es esencialmente evolutivo y a él precederá la evolución de la pre-vida a cargo de otra evolución en la física y en la química.

Esta intuición del científico será la más capital en su vida porque arrastrará tras de sí toda su manera de pensar: filosófica, religiosa y humana.

Una concepción dinámica del "ser", que supera lo múltiple con la tendencia a la unidad, y la aparición de la materia con la realidad del espíritu, está en la base del "optimismo" teilhardiano.

Aunque la ciencia del hombre fósil se prevé ya como un fruto maduro, es, sin embargo, el contacto con el hombre actual lo que tiene que madurarla. Y estos contactos humanos se establecen muy pronto. Teilhard es un apasionado de la colaboración científica.

Traba estrecha amistad con l'abbé Breuil, prehistoriador, con el que prosigue las huellas del hombre primitivo en las cuevas de Santander: Altamira y la Pasiega, que visita en 1912. Establece relación con Obermeier.

La guerra mundial le sorprenderá comenzando a elaborar su tesis doctoral. Su trabajo queda inte-

rrumpido. Pero su camino intelectual se acelera. La amarga experiencia de la guerra fue un fermento intelectual para su labor de síntesis. En aquel absurdo enfrentarse de la humanidad dividida en dos partes entrevió más profundamente aquella íntima unidad hacia la que caminaba la humanidad para formar "una capa pensante en la tierra", es decir: "la noosfera".

Sin embargo, no rehuye el esfuerzo y, como francés y sacerdote, ocupa un puesto en la primera línea entre sus hermanos. Recorre con su regimiento la geografía europea erizada de bayonetas y alambradas.

En 1915 le vemos entre Dunquerque y Newport; más tarde, en Verdún. Participa en la ofensiva del Aisne y en la segunda batalla del Marne.

Es nombrado oficial el 15 de mayo de 1915 y obtiene la cruz de guerra y la medalla militar. El 16 de junio de 1920 recibe el nombramiento de caballero de la Legión de Honor.

De esta época son las cartas que se han recogido en la obra "Génesis de un pensamiento." El párrafo siguiente está tomado de la dirigida a V. Fontognont, citada por C. Cuenot:

"Así, pues, me he puesto a soñar y a confiar a un cuaderno escolar las notas sobre un asunto que para mí ha sido siempre el problema de mi vida interior —un poco como la cuestión de Roma para Newman o el sentido de las llamadas del alma para Psichari—, me refiero a la reconciliación entre el progreso y el desprendimiento, del amor apasionado y legítimo de una tierra más grande y de la búsqueda única del Reino de los cielos. ¿Cómo ser más cristiano que nadie y al mismo tiempo ser más humano que nadie?"

El problema continúa planteado. Habrá de pasar mucho tiempo hasta que se haga la luz y se reconcilien y se complementen en él el sacerdote con el científico.

Ciudadano del mundo.

El fin de la guerra le devuelve a su trabajo científico e inaugura su etapa profesoral en el Instituto

Católico de París. El "ciudadano europeo" se ha forjado ya en los campos de batalla, pero ahora son nuevas relaciones humanas, establecidas por el lazo de la ciencia las que harán su contacto que salte la chispa de la intuición:

"Ver. Se podría decir que toda la vida consiste en esto. Ser más es unirse más y más: éstos serán el resumen y la conclusión misma de esta obra: ... la unidad no se engrandece más que sustentada por un acrecentamiento de conciencia; es decir, de visión. He aquí por qué, sin lugar a dudas, la historia del mundo viviente consiste en la elaboración de unos ojos cada vez más perfectos en el seno del Cosmos, en el cual es posible discernir cada vez con más claridad." (F. H.; prólogo.)

Las relaciones con el mundo científico europeo son innumerables: Stehlin, en Basilea; Schlosser, en Munich; Wong, en Pekín; Plymen y Garrod, en Cambridge y Oxford; Dollo, en Bruselas. La petición de colaboración es constante por todas partes. Y Teilhard sabe encontrarse en su elemento en este ambiente de mutua comprensión. Su espíritu abierto no puede perder ninguna parte de verdad, venga de donde venga.

Sin embargo, la personalidad definitiva de este "ciudadano del mundo" quedará definitivamente forjada por el Extremo Oriente. La etapa más fecunda de su vida transcurre en China.

Ya en una carta de 1920 manifiesta su nostalgia del Oriente en su búsqueda de las huellas del hombre primitivo. En 1923 la nueva etapa se abre en su vida cuando embarca en Marsella rumbo a China, como miembro de la Misión Paleontológica Francesa.

Ante sus ojos ansiosos de "ver" con hondura y totalidad se abre un mundo totalmente nuevo. La primera impresión será de desorden e incoherencia. Sin embargo, esta diversidad de elementos es algo que no puede soportar el alma de Teilhard y así nos dice:

"Sigo creyendo, por razones tomadas de la mística y de la metafísica, que esta incoherencia prepara una unificación."

El azar y su aguda intuición se unen a los famosos descubrimien-

tos del Sinanthropos en las cuevas cuaternarias de Chu-Ku-Tien. Pocos capítulos habrá en el campo de la Paleontología humana tan apasionantes como el del descubrimiento de este precursor de la humanidad.

Bajo la dirección de Davidson Black las excavaciones se suceden sistemáticamente durante varios años. Son muchos los restos de maduración filosófica y religiosa. La filosofía escolástica fue una férrea disciplina que ordenó aquella mente intuitiva. Sin embargo, el mayor influjo filosófico lo recibe de filósofos de diversa tendencia. Su pensamiento ávido de captar toda la verdad le llevará a tomar contacto y cultivar la amistad de espíritus selectos. Su hermana Françoise estará entre los primeros. Su correspondencia es inagotable en este sentido. La amistad con el Padre Valensin le pone en contacto con Maurice Blondel, con quien confronta sus ideas. La huella de la dialéctica de la acción blondeliana es clara en las obras de Teilhard.

El mismo Blondel afirma estar de acuerdo con la intuición fundamental teilhardiana. Así, en carta al P. Valensin:

“... Literalmente, yo también participo (y he participado siempre) de las ideas y los sentimientos del R. P. Teilhard con respecto al problema cristológico. Ante el horizonte dilatado por la ciencia de la naturaleza y de la humanidad, no se puede, sin traicionar el catolicismo, quedarse con explicaciones mediocres y puntos de vista limitados, que hacen de Cristo algo accidental en la historia, que le aíslan en el cosmos como un episodio añadido y parecen hacer de Él un intruso, desterrado en la abrumadora y hostil inmensidad del universo.”

Una estrecha amistad le unió con Eduardo Le Roy, fundada en una perfecta comunión de pensamiento. El matemático y filósofo, profesor del Colegio de Francia, ayudó a Teilhard a comprender el sentido de la vida como una deriva hacia lo improbable.

Sin embargo, no hay duda de que los puntos de contacto más fundamentales se dan con la filosofía de Bergson. La intuición de la vida como fuerza constante que se opone al desorden y avanza

siempre, la participa con él. Sin embargo, no hay en Teilhard la oposición entre intuición y razón. Y la “vida”, aunque la escriba éste con mayúscula, es algo participado y dirigido desde fuera.

Supo interesarse también por otros movimientos filosóficos más alejados, como la dialéctica de Marx y el Comunismo. No son raras las alusiones al tema de sus escritos.

En realidad, también en Teilhard había, después de una fenomenología, una dialéctica. Su fenomenología es científica. Se basa en una elaboración de los datos presentados por las ciencias y la extrapolación de sus leyes generales al terreno filosófico.

En la base de su dialéctica está la antítesis entre lo uno y lo múltiple. O mejor: la dinamicidad de lo múltiple para llegar a lo uno, como superación del caos con el orden. Dentro del camino del desorden, del aumento de “entropía”, se inicia, como remolinos que avanzan contra la corriente, la tendencia al orden, que se consigue mediante la ley de la “complexificación-conciencia”.

Otros puntos de su dialéctica serán la deriva divergente de la evolución y la convergencia de la antropogénesis, al superar el paso de la reflexión. El paso del punto “omega”, centro de convergencia natural de la humanidad, al punto “Omega” que reviste los atributos de lo absoluto y, por lo tanto, real, irreversible y divino a la vez.

Este punto “omega” es una extrapolación, y casi tiene las características de un postulado. Teilhard lo ha entrevisto como una clara consecuencia de su filosofía. Si el camino a lo uno a partir de lo múltiple está en la flecha de la evolución, es preciso que esa “unidad” final sea “personalizada” y “personalizante” si no se quiere destruir el sentido más elevado del proceso. Centro, por tanto, donde la conciencia llega a su máxima manifestación y que recoge y concentra en sí sin aniquilarlas cuantas chispas de conciencia han brotado sobre la tierra.

“El Espacio-Tiempo, por el hecho de contener y engendrar la Conciencia, debe ser de naturaleza convergente. Por consiguiente, seguidas sus capas desmesuradas en la dirección

conveniente, deben de confluir en algún lugar hacia adelante, en un punto llamémosle “omega”, que las fusione y las consuma dentro de sí de manera total. La esfera del mundo, por inmensa que sea, no puede existir ni ser aprehendida de una forma última más que por la dirección hacia la cual sus radios llegan a converger.” (F. H., pág. 311)

El “Oro del Espíritu”.

Entrevemos ya la síntesis de Teilhard, pero antes es preciso que despliegue su dimensión la coordenada religiosa. En las inmensas soledades de Mongolia el alma sacerdotal de Teilhard percibe el batir del pulso religioso de la humanidad. En el hormigueo humano de la tarea terrestre hay una inmensa inquietud que se eleva hacia Dios. La “Misa sobre el mundo” es un testimonio insuperable en este sentido.

Las religiones del Oriente (budismo, hinduismo) ejercen una fascinación cuaternaria, que dan lugar a Teilhard a multitud de comunicaciones científicas en revistas y congresos. Científicamente, ésta es la época más fecunda y que le consagra como un profesional de la investigación de primera talla y de renombre mundial.

El Sinanthropus, con sus 300.000 años de antigüedad, su aspecto muy primitivo, aunque mucho más cercano al hombre que a cualquiera de los antropoides actuales, determina definitivamente su concepción de la antropogénesis tal como se nos presenta en el “Fenómeno Humano” y en multitud de artículos suyos.

La intuición de Piltdown y Altamira se completa ahora. A la cosmogénesis y biogénesis sucede la antropogénesis. Pero hay una diferencia esencial. El “fenómeno humano” es realmente la “flecha de la evolución”. Si hasta él el proceso evolutivo ha sido divergente, formado por escamas cada vez más próximas al núcleo, pero siempre separándose de él, a la altura humana cambia de signo e inicia la convergencia. Hemos llegado a la cumbre de un proceso, como la planta llega a su plenitud cuando inicia la formación de una inflorescencia.

"Henos aquí exactamente frente a lo que esperábamos. La vida, por ser ascensión de conciencia, no podía continuar avanzando continuamente en su línea indefinidamente sin transformarse en profundidad. Ella debía, según decíamos, como toda magnitud creciente en el mundo, llegar a ser diferente para continuar siendo ella misma. Más claramente definible que cuando escrutábamos el psiquismo oscuro de las primeras células, he aquí que se descubre en este acceso al poder de reflexión la forma particular y crítica de transformación en que ha consistido para ella esta supercreación o este renacimiento."

El hombre del futuro.

A partir de este punto hay un viraje en su actividad mental. En 1926 escribe:

"Desde hace dos años tengo la impresión de estar gradualmente empujado hacia el estudio de la humanidad no prehistórica, sino presente. Concibo cada vez mejor al hombre como el gran fenómeno terrestre en el que culminan los grandes sucesos geológicos y el más vasto movimiento de la vida."

Y más tarde, en 1948:

"Siento una especie de náusea por el estudio del pasado... El trabajo de los fósiles ya no tiene interés para mí. Definitivamente, he dado media vuelta hacia adelante."

Su necesidad de confrontación humana le lleva a constantes viajes por un lado a Europa y América y por otro a través de todo el Oriente. Recorre la Mongolia y Manchuria por una parte y desde el río Yang-tze hasta el Si-kiang. Por el Oeste visita Cachemira, y el Punjab hasta Birmania, y por el sur Singapur e Indonesia. Así llega a sentirse ciudadano del mundo. Y escribe con un grito de triunfo:

"Todo comienza a enlazarse a través de Asia. Soy probablemente el único científico en el mundo que tiene una visión personal directa del país que va desde Harbin (Mongolia Oriental) hasta Kasghar (al Norte de Cachemira)."

En este inmenso anhelo de toma de conciencia plena recorrerá has-

ta diez veces la tierra de Oriente a Occidente. Verá centellear la "noosfera" en todos los puntos del planeta con la misma fosforescencia inquieta. Se inicia un proceso de planetización en ella del que es preciso hacerse consciente en un próximo futuro. Las "señales de los tiempos" están muy claras, y la luz que viene de Oriente es fulgor de esperanza.

La moral del porvenir de Teilhard es el fruto maduro de una laboriosa labor de síntesis. La inmensa red de sus coordenadas vitales lanzada sobre todos los mares del mundo empieza a recogerse. Los caracteres de su síntesis se perfilan cada vez más. El hombre se encuentra en la cúspide de una fuerza que le ha arrancado del desorden y a través de un proceso de unificación y complexificación. Esa fuerza sigue empujando hacia adelante. Es necesario tomar la dirección que nos marca. No oponerse a ella con el individualismo, las fronteras y la desunión. La "noosfera", al personalizarse, no destruye los individuos, sino que los exalta al máximo. La tarea humana de descubrir las inmensas potencialidades de este mundo en que nos encontramos sabrá regalarnos con el "oro" del espíritu tras de la "púrpura" de la materia.

Y es el "corazón de la materia" aquello que permanecerá siempre y será recuperado en la síntesis total: será ya algo "absoluto".

A la unidad por la multiplicidad

La convergencia de las coordenadas iniciada en las inmensas etapas de Mongolia tiene una mación en Teilhard, por su hondo misticismo. De esta experiencia nos da testimonio el opúsculo inédito "La Route de l'Ouest. Vers une mystique nouvelle", 1932. Sin embargo, Teilhard les reprocha el no haber sabido superar la dualidad entre lo uno y lo múltiple:

"La multiplicidad de los seres y de los anhelos sólo es una ilusión mala, de la que es preciso despertarse. Suprimamos el esfuerzo del conocer y amar, es decir, de personalización, que tiende a dar más

consistencia a este espejismo, e "ipso facto", en virtud misma de desvanecimiento de lo plural, veremos aparecer en el fondo lo esencial de la trama; en el silencio establecido percibiremos la nota única. Las apariencias no nos manifiestan, sino que nos esconden la substancia."

"Muy esquematizada, tal es la solución oriental de la vida perfecta, es decir, del retorno a la unidad. Para el budista que se extenua físicamente, como para el brahman que mentalmente se concentra, lo Múltiple y lo Uno se oponen a la manera de dos planos, que el ojo no puede percibir más que saltando de uno a otro. La Unidad se obtiene negando y destruyendo la Multiplicidad. Tal es la idea que bajo formas diversas ha dominado y penetrado, hasta el Japón, la sabiduría oriental. Con esta solución refinada y pesimista del mundo ha nacido y se ha expresado el alma asiática."

Sin embargo, estas religiones también han de aportar su tributo de verdad al acervo común de la humanidad. Así lo manifiesta el escrito "L'apport spirituel de l'Extreme Orient. Quelques reflexions personnelles" (1947).

El "ciclón místico" nacido en el valle del Ganges habrá de aportar la veneración contemplativa de lo "absoluto", mientras que de China quedará incluido su sentido de "ascesis" humana en equilibrio con el cosmos y del Japón su percepción de lo colectivo.

Así, la aparente diversidad del Oriente se hace sintetizable con el Occidente. Y un eco resuena en toda la tierra por boca de Teilhard: "¡Señor, haznos uno!"

"Por su sentido de lo colectivo el Japón nos enseña que sólo la socialización permitirá a la evolución dar el salto definitivo y al hombre superarse a sí mismo para alcanzar un estado superior, el ultra-humano, colectividad superior donde las conciencias se iluminarán por su convergencia." (C. Cuenot)

"Por esta síntesis Teilhard consigue perspectivas planetarias, y el cristianismo se muestra susceptible de actuar como religión verdaderamente universal."

En sus consideraciones sobre la religión del futuro concluye que ésta sólo podrá ser la cristiana, dotada de una inmensa comprensión

de un Dios siempre más cercano, que supera los dualismos descorazonadores. Y es susceptible, por su encarnación y por su trascendencia, de asumir el "Omega" de la evolución.

La objeción propuesta al principio por los hombres de ciencia desemboca ya en una solución. La tarea humana es apasionante y divina, porque es ella la que descubre el espíritu sobre la tierra. Y la construcción de la Jerusalén celestial sólo podrá verificarse por el perfeccionamiento de la morada terrena.

Cristo: Alfa y Omega.

Vemos converger rápidamente las coordenadas de Teilhard y su síntesis está ya casi madura. Pero es preciso observar primeramente las últimas etapas de la peregrinación del ciudadano del mundo.

Ya en 1936 Teilhard presiente un nuevo descubrimiento de los orígenes humanos en el Continente africano. Años más tarde, en 1950, el hallazgo del importante grupo de los australopitécidos confirma su hipótesis. Y un año más tarde, cuando su labor está casi madura, le vemos en el África Central y Sur.

Su ansia de "ver" en plenitud e insaciable. Recorre desde el Cabo a Livingston y Lusaka. Intenta un symposium de antropólogos de todo el mundo en África y nos habla de "la triangulación de los orígenes humanos al Sur del Sahara".

El contacto con el mundo negro le es valioso y ha de ser muy importante al tratar de prever el mundo del futuro.

Toma contacto con la Wenner Gren Foundation y va con ella a América del Norte. Su larga peregrinación terminará en el corazón del mundo nuevo, donde es más fácil presentar el porvenir de la humanidad.

Para llegar a la síntesis total era preciso salvar el dilema entre acción humana y divina, tomar en serio este mundo o preocuparse sólo por el Reino de los cielos. Pero el dilema se diluye si se comprende el significado pleno de un Dios encarnado.

La intuición del sentido de Cristo en la obra de la creación le ha dado a Teilhard la clave de la bóveda que corona y sostiene todo el edificio. Era algo que se presentaba ya desde los tiempos de su teología en Hastings, pero la maduración ha sido lenta. La clara exposición de la cristología ocupa los últimos escritos en la vida de Teilhard y, en general, aún inéditos, como "Le Cristique".

San Pablo nos habla en sus cartas de que todo en Cristo tiene su consistencia, y en Él se da la plenitud de todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, y es Él la recapitulación de cuanto existe.

El sentido cósmico de estos pasajes es indudable.

Por otra parte sabemos de un punto "omega" que es el centro personalizante al que toda la evolución converge. Es obvio para Teilhard, que vive en plenitud el "fenómeno cristiano", el hacer coincidir el Cristo de la revelación con el "Omega" de la evolución. Y si el "omega" asumía en sí nuestras personas, y, a través de nosotros, en virtud del proceso multi-secular de la evolución sobre el que estamos apoyados, cuanto el cosmos encierra en sí, también Cristo ha de asumir en sí cuanto hay en nosotros y mediante nuestro esfuerzo humano el mundo entero.

Se trata, por tanto, de construir el "Cuerpo Místico de Cristo", un Cristo total que asuma cuanto de "oro de espíritu encierra la púrpura de la materia". No hay dilema entre tarea humana y divina: porque si tomamos plena conciencia de ella nuestra acción cotidiana realmente se convierte en divina.

Y por virtud de un Cristo que supera con mucho cuanto nuestro entendimiento puede sospechar, una perfecta armonía se realiza en el alma de Teilhard entre el sacerdote y el científico.

Epílogo

La síntesis teilhardiana recoge sus redes repletas, de los mares de los cuatro continentes. El surco está trazado, aunque aún queda mucho por sembrar. Teilhard goza de

la autoridad y del aprecio de los más grandes hombres de ciencia del mundo. Como director de la Wenner Gren Foundation, sigue preocupado por organizar un estudio de conjunto, con la colaboración de diversos campos de las ciencias, sobre el porvenir del hombre. Pero la muerte le sorprende el 10 de agosto de 1955 en Nueva York. El peregrino ha recorrido la ruta completa del Viejo al Nuevo Mundo, y del hombre primitivo a la humanidad del porvenir. Y ha lanzado su parábola desde la entraña de nuestra tierra hasta la cumbre más alta del misticismo cristiano.

"A quien haya amado apasionadamente a Jesús, oculto en las fuerzas que hacen morir a la Tierra, la Tierra cuando él desfallezca le abrazará maternalmente en sus brazos gigantes, y con ella misma se despertará en el seno de Dios." (La Misa sobre el mundo.)

No es hora de valorar tan ingente obra; otros muchos se han encargado de hacerlo, y con precisión, desde todos los campos del saber. Sin embargo, es preciso no dejarse llevar de un optimismo un poco ingenuo. La obra de Teilhard es ingente y era necesaria a esta altura del siglo XX, cuando las ciencias están engrandeciendo al mundo de forma tan insospechada; sin embargo, es evidente que no puede exigir a quien descubre un continente que delimite con precisión sus contornos. Más tarde habrá tiempo de hacerlo e incluso de corregir los primeros errores.

Por otra parte, la inteligencia humana, en el estado actual en que se encuentra, no puede hacer una síntesis total del universo. Más bien se trata de que síntesis sucesivas vayan abarcando más y más la realidad. Vendrán, por tanto, síntesis más perfectas, pero ya ninguna podrá dejar de lado la realizada por Teilhard, sino que deberá contar con ella para integrarla en la suya.

Bástenos el haber rendido homenaje de gratitud y admiración, a los dos lustros de su muerte, a esta magnífica personalidad de ambiciosa actitud ecuménica.

Nos unimos con ello al comité de científicos y personalidades de todo el mundo que han plasmado sus nombres al frente de la publicación de las obras del sabio jesuita como garantía de este testimonio.